

***Cant contra
Kant***

G. V. Plejánov

Alejandría Proletaria
Valencia, julio de 2017
germinal_1917@yahoo.es



Publicado en *Zariá*, números 2/3, 1901.
Incluido después, con cambios debidos a la
censura, en la recopilación *Crítica de
nuestros críticos* publicada en 1906.



A cien años de la revolución proletaria de 1917

Índice

| | |
|---|----|
| I Bernstein y la dialéctica | 4 |
| II El abstraccionismo bernsteiniano | 6 |
| III El ¡volvamos a Kant! De Bernstein | 10 |
| IV Los “horrores de la revolución violenta” | 14 |
| V Fuerza y violencia..... | 16 |
| VI La teoría de la renta, de Bernstein | 20 |
| VII Sobre la teoría del aumento de la renta media | 21 |
| VIII La parodia burguesa del marxismo..... | 24 |

E. Bernstein, *El materialismo histórico*, traducción de L. Kantsel, segunda edición, San Petersburgo, 1901
*Los muertos son veloces jinetes*¹. (G. A. Bürger)

El señor Bernstein ha muerto para la escuela de Marx, a la cual perteneció en un tiempo. Ya no es posible ahora enojarse con él: no debemos enojarnos con los muertos. De nada vale, por otra parte, compadecerlo: la compasión no arregla nada en este caso. Pero, de todos modos, debemos rendir un tributo póstumo a nuestro difunto: debemos dedicar algunas páginas a esclarecer su libro, un libro que ha suscitado mucho ruido en los círculos socialistas de todo el mundo civilizado, que ha sido traducido al ruso y del cual acaba de salir la segunda edición en San Petersburgo².

Es sabido que este libro del señor Bernstein aplica una “revisión crítica” a la teoría de Marx y de Engels. Por nuestra parte, nosotros hacemos aquí algunas apreciaciones críticas sobre los resultados de esta “revisión”.

¹ Del poema “Leonore”, de G. A. Bürger, *Sämtliche Gedichte*, Berlín, 1879, página 37.

² La referencia es al libro de Bernstein *Die Voraussetzungen des Sozialismus und die Aufgaben der Sozial-Demokratie*, Stuttgart, 1899, del cual se publicó una traducción rusa en Londres el año 1900, y en San Petersburgo en 1901, con el título *El materialismo histórico*. Las citas ulteriores de Plejánov están tomadas de esta última edición.

I Bernstein y la dialéctica

El señor Bernstein observa que “el elemento más importante en la fundamentación del marxismo (es decir, el elemento más importante del marxismo: la señora Kantzel ha traducido muy mal el libro del señor Bernstein. *N. del A.*), lo que podría llamarse su ley fundamental, que atraviesa todo el sistema, es la teoría específica sobre la historia que lleva el nombre de materialismo histórico”. Esto no es cierto. La explicación materialista de la historia, en verdad, es uno de los rasgos distintivos y principales del marxismo. Esta explicación constituye, de todos modos, tan sólo *una parte de la concepción materialista del mundo de Marx y Engels*. Una investigación crítica de este sistema debe, por lo tanto, empezar por la crítica de las bases filosóficas de esta concepción del mundo. Y como el método, sin duda alguna, constituye el alma de todo sistema filosófico, la crítica del método dialéctico de Marx y Engels debe anteceder a la “revisión” de la teoría de la historia.

Fiel a su erróneo punto de vista sobre la “ley fundamental del marxismo”, el señor Bernstein empieza con una crítica de la concepción materialista de la historia y tan sólo en el segundo capítulo de su libro pasa a formular una apreciación del método dialéctico. Nosotros, por nuestra parte, seguiremos fieles a nuestro punto de vista sobre la importancia decisiva del método en todo sistema serio, y comenzaremos por la *dialéctica*.

¿Qué dice el señor Bernstein de la dialéctica?

Bernstein no deja de reconocer a ésta ciertos méritos. Más aún: reconoce que ha tenido una influencia benéfica sobre la ciencia histórica. Según nos dice, F. A. Lange estaba completamente en lo cierto al afirmar en *El problema obrero* que la filosofía hegeliana de la historia, con su tesis fundamental (el desarrollo por medio de las contradicciones y su conciliación) puede calificarse casi como un descubrimiento antropológico. Pero Bernstein piensa (junto con el mismo Lange) que “del mismo modo que en la vida del individuo, en la historia el desarrollo por medio de las contradicciones no se realiza con tanta facilidad y tan radicalmente, con tanta exactitud y simetría, como en las construcciones especulativas”³. Marx y Engels no se dieron cuenta de esto y, por tal motivo, la dialéctica ejerció una influencia perjudicial sobre sus puntos de vista sociales y políticos. Verdad es que los fundadores del socialismo científico no eran aficionados a las construcciones abstractas. Materialistas convencidos, se esforzaban en “poner a la dialéctica sobre los pies”, la dialéctica que Hegel había puesto “de cabeza”, es decir, *patas arriba*. Pero el señor Bernstein piensa que no es tan fácil resolver este problema. “Como siempre ocurre en la realidad, apenas abandonamos el terreno de los hechos establecidos empíricamente y nos ponemos a pensar aparte de ellos, caemos en el mundo de los conceptos derivados; si en tal caso nos ponemos a seguir las leyes de la dialéctica, en la forma establecida por Hegel, nos encontramos, antes de darnos cuenta, atrapados nuevamente entre las tenazas del “autodesarrollo de los conceptos”. En esto radica el gran peligro para la lógica hegeliana de las contradicciones [es decir, en esto radica el *peligro de la lógica de las*

³ F. Lange, *La cuestión obrera*, 1899, página 181. Al respecto Plejánov observa en una carta a Kautsky: “... el solo hecho de que Lange escriba sobre Marx en el *Arbeiterfrage* y no en la *Geschichte des Materialismus* es una demostración de que no ha entendido nada del concepto *materialista de la historia*.”

contradicciones, como hemos dicho, la señora Kantzel no ha sabido traducir al señor Bernstein]. Al no advertir este peligro, Marx y Engels no tomaron precauciones contra él y por ello, más de una vez, fueron llevados a extravíos provocados por su propio método. Así, por ejemplo, en el Manifiesto del Partido Comunista Marx y Engels declaran que en Alemania la revolución burguesa puede ser un prólogo de la revolución obrera⁴. Esta suposición (“*puede*” ser) ha revelado ser errónea. La revolución burguesa de 1848 no constituyó un prólogo de la revolución obrera. ¿Por qué se equivocaron Marx y Engels? Porque aplicaron aquí la dialéctica. Por lo menos, así lo dice el señor Bernstein. Otro ejemplo: si en 1885, en ocasión de la nueva edición del folleto de Marx, *Enthüllungen über den Komunistenprozess (Revelaciones sobre el proceso de los comunistas)*, y en 1887, en el prólogo de su folleto *Zur Wohnungsfrage (Sobre el problema de la vivienda)*, Engels expuso ideas que, en opinión de Bernstein, concuerdan difícilmente con su actitud francamente negativa hacia determinada rebelión de los jóvenes de la socialdemocracia alemana, producida hace algunos años⁵; *la culpa de ello la tiene la dialéctica*. ¿El lector no me cree? Pues vea por sí mismo: “Esta duplicidad, tan ajena al carácter de Engels, al fin de cuentas provenía de la dialéctica tomada de Hegel”. En esta frase no hay, desgraciadamente, ni sombra de “duplicidad”. Y si, convencidos de ello, le preguntamos al señor Bernstein por qué motivo, en cambio, la dialéctica inclina a la duplicidad, recibiremos de él la siguiente explicación: “el sí es no y el no es sí”, en vez del “sí es sí y el no es no”; el traspaso recíproco de las contradicciones, la transformación de la cantidad en calidad y otras bellezas dialécticas siempre han constituido un obstáculo para tener una idea clara sobre el alcance de los cambios ocurridos”.

Si “las bellezas dialécticas” siempre han obstaculizado una concepción clara de los cambios que se producen en la realidad, entonces es evidente que el método dialéctico es erróneo en sí mismo y que deben apartarse resueltamente de él todos los que estiman la verdad y se esfuerzan por alcanzar una idea exacta de la naturaleza y de la vida social. En tal caso sólo queda por resolver un problema: ¿de qué modo estas “bellezas dialécticas” (nada bellas por cierto) llevaron a Hegel, en su *Filosofía de la Historia*, a eso que el señor Bernstein, siguiendo a Lange, reconoce como “un descubrimiento casi antropológico”? La palabreja “*casi*”, con la cual se resguarda el señor Bernstein, no explica nada en este caso, y acaso sólo sirva como una nueva prueba de la antigua verdad: las palabras siempre se presentan cuando faltan las ideas⁶. Por otra

⁴ Ver en *Obras escogidas*, en dos tomos, Tomo I, Editorial Ayuso, Madrid, 1975, página 50 (Capítulo IV *Manifiesto Comunista*).

⁵ Bernstein intentaba demostrar que Engels se había “rectificado” hacia el fin de su vida, y que entre sus opiniones de las postrimerías de la década del 80 y los comienzos de la década del 90, cuando se pronunció contra la llamada oposición de “izquierda” de “los jóvenes”, hay una contradicción.

Al reeditar en 1885 el libro de Marx, *Revelaciones sobre el proceso de los comunistas de Colonia*, Engels incluyó dos declaraciones del comité central a la Unión de Comunistas, fechadas en marzo y junio de 1850 e impregnadas de combativo espíritu revolucionario. En el prefacio de esta edición escribe Engels: “Hoy el proletariado alemán no tiene más necesidad de ninguna organización oficial, ni pública ni privada. La simple coherencia de compañeros conscientes le basta para sacudir, sin estatutos, cargos, decisiones y otras formas tangibles, a todo el imperio alemán”, F. Engels, “Introducción a la edición de 1885”, en *Revelaciones sobre el proceso de los comunistas de Colonia*, Editorial Lautaro, Buenos Aires, 1946, página 34.

En el prefacio a la segunda edición de su trabajo *Sobre el problema de la vivienda*, fechado el 10 de enero de 1887, Engels se pronuncia contra el socialismo pequeñoburgués, para el cual el viraje socialista es posible “... tan sólo en un futuro lejano y muy indefinido”, y para el cual la tarea de los tiempos consiste únicamente en los “remiendos sociales” C. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, Tomo I, 1955, página 507, versión rusa [*Obras Escogidas*, en tres tomos, Tomo II, Editorial Progreso, Moscú, 1973, página 317]).

⁶ Palabras de Mefistófeles en el *Fausto*, de Goethe.

parte, sería posible endilgarle al señor Bernstein esta “duplicidad” si, por lo menos, intentara de algún modo demostrar la exactitud de su opinión sobre el carácter dañino de “las bellezas dialécticas”. Pero él no lo intenta en modo alguno. Y, por otra parte, no tiene de donde tomar las pruebas: *él mismo no se ha decidido a afirmar que ha estudiado a Hegel en algún momento. Y si llegara a afirmarlo, sería muy fácil demostrar... que desvaría.* Esta es la razón por la cual el señor Bernstein no intenta siquiera dar pruebas de su opinión. Él se limita a enunciarla, contando, con sobrada razón, que habrá de encontrar lectores ingenuos que no sólo habrán de creer su palabra, sino que inclusive le atribuirán hondura de pensamiento.

II El abstraccionismo bernsteiniano

Haent sua fata libelli (los libros tienen su destino), decían los romanos. Y también lo tienen los escritores. A veces, un destino muy extraño. Pensemos en Hegel, por ejemplo. ¡Cuán pocas personas en nuestros días se toman el trabajo de estudiar su filosofía y cuán numerosos son los “críticos” que se permiten juzgarla sin ningún discernimiento! Y son estas mismas personas frívolas las que se indignan profundamente cuando alguien se atreve a condenar un libro del señor Bernstein, un libro que ni siquiera han leído. ¿Por qué se aplica al problema dos medidas? ¿Por qué se permite tal frivolidad en relación al gran Hegel y se habla de libertades inaceptables cuanto se trata del pequeño señor Bernstein? *That is the question.* (Este es el problema).

Si el señor Bernstein *conociera* el tema por el cual se ha aventurado tan ingenua e imprudentemente, no hay ninguna duda de que se avergonzaría de su juicio sobre la dialéctica. Bernstein piensa que el “sí es no y el no es sí” dialéctico, obstaculiza una relación sobria con la realidad y nos entrega al “autodesarrollo de los conceptos”. Pero este es un pecado que comete justamente el pensamiento metafísico que obedece a la fórmula citada por Bernstein (“sí es sí y no es no”).

Hegel dice: “Los adolescentes tienden a lanzarse a las abstracciones, mientras que los hombres con experiencia de la vida no se fascinan por la abstracción “*una cosa u otra*”, y se aferran al plano de lo concreto”. Estas simples palabras caracterizan muy satisfactoriamente la diferencia que existe entre la dialéctica y el pensamiento que sigue la fórmula preferida del señor Bernstein: “sí es sí y no es no”.

Pues esta última fórmula es justamente la abstracción “O una cosa u otra” que, como dice Hegel, atrae normalmente a la juventud. Pero esta abstracción (“o una cosa u otra”) ha obstaculizado durante mucho tiempo un planteamiento justo de los problemas en la vida social y en las ciencias naturales, como es sabido ahora por todo el mundo. De manera muy popular y efectiva ha aclarado N. G. Chernishevski el carácter distintivo de la actitud *dialéctica* hacia el tema estudiado. Desde el punto de vista de la dialéctica, “un juicio definido sólo puede emitirse sobre un hecho definido, después de examinar todas las circunstancias de las cuales depende. Por ejemplo: ¿es beneficiosa o perjudicial la lluvia? Este es un problema abstracto y no se puede responder a él de modo definido: a veces la lluvia es útil y a veces (con menos frecuencia) es perjudicial; es menester preguntar definitivamente: la fuerte lluvia que cayó durante cinco horas después de haberse terminado de sembrar el trigo, ¿ha sido útil para el trigo o no? Tan sólo en tal caso es posible responder definitivamente: sí, ha sido útil”. Con ese mismo punto de vista contempla (de acuerdo a la muy exacta descripción de Chernishevski) la filosofía de Hegel a los fenómenos sociales. ¿Es nociva o beneficiosa la guerra? “No es

posible en absoluto contestar esto en forma decisiva: es menester saber de qué guerra se habla... La batalla de Maratón fue un acontecimiento positivo en la historia de la humanidad”. Considerar a los fenómenos desde este punto de vista significa justamente colocar a la investigación sobre un *terreno concreto*. Por tal motivo la filosofía dialéctica ha reconocido (según dice Chernishevski) que “las frases generales preliminares con las cuales se juzga sobre el bien y el mal, sin tomar en cuenta las causas que han originado un fenómeno dado, constituyen dictámenes abstractos, generales e insatisfactorios. No existe una realidad abstracta: la realidad es siempre concreta”⁷.

A primera vista parecería que esto se aclara por sí solo; pero esto resulta claro tan sólo a quien (*consciente o inconscientemente*) *adopta el punto de vista dialéctico* y no considera a “*la abstracción o una cosa u otra*” (dicho de otro modo: “sí es sí y no es no”) como la regla fundamental del pensamiento. Preguntad, por ejemplo, al conde León Tolstoi si es justa la opinión de Chernishevski sobre la guerra. Tolstoi nos dirá que es absolutamente falsa, puesto que la guerra es un *mal*, y el mal nunca puede ser *el bien*. El conde Tolstoi juzga todos los problemas desde el punto de vista de la abstracción “o una cosa u otra”, lo cual quita a sus conclusiones toda seriedad. Como pensador, es completamente ajeno a la dialéctica, y esto explica, entre otras cosas, su instintiva repugnancia por el marxismo. Por desgracia, el mismo Chernishevski suele olvidar que “la verdad siempre es concreta”. En su economía política Chernishevski se inclina a menudo hacia la abstracción “o una cosa u otra”. Pero este hecho indiscutible no es interesante para nosotros ahora. Por el momento lo importante para nosotros es recordar a los lectores que Chernishevski ha comprendido muy bien y ha explicado con sencillez y claridad (en sus *Ensayos sobre la literatura rusa de la época de Gógol*) la incompatibilidad del punto de vista dialéctico con los juicios abstractos.

Los anarquistas preguntan a los socialdemócratas: “¿Reconocen ustedes la libertad de la personalidad?” “La reconocemos [contestan los socialdemócratas], pero la reconocemos condicionalmente, puesto que la *libertad incondicional* de una persona implica la *esclavitud incondicional* de todos los que están a su alrededor, es decir, *la libertad se transforma en su contrario*”. Esta respuesta tampoco es del agrado de los anarquistas, quienes al parecer opinan sinceramente que los socialdemócratas son los *enemigos de la libertad* y, por su parte, proclaman la *libertad ilimitada*, es decir, incondicional de la personalidad. La transformación de la libertad en su contrario se presenta a sus ojos como un simple sofisma o (como acaso pueda decirlo alguno de ellos, enterado de la terminología del señor Bernstein) *una de las bellezas de la dialéctica hegeliana*. La doctrina anarquista de la libertad está impregnada del espíritu de la abstracción “o una cosa u otra” (o la libertad o el despotismo), y se basa plenamente en la fórmula preferida del señor Bernstein (sí es sí y no es no), mientras que los socialdemócratas consideran el problema de la libertad *desde el punto de vista concreto*. Los socialdemócratas no olvidan que no existe *una verdad abstracta, que la verdad es concreta*. Al respecto, los socialdemócratas están imbuidos del espíritu dialéctico.

Por supuesto, el mismo señor Bernstein condena de buen grado la doctrina anarquista de la libertad, y está de acuerdo en que no puede haber una verdad abstracta. Y se expresa en este sentido en la medida en que, él mismo, participa del punto de vista *dialéctico*. Pero procede así *inconscientemente*, y por ello nunca se aparta de la confusión de conceptos en él predominante. Monsieur Jourdain, en la comedia de Moliere, era capaz de expresarse en una prosa tolerable y ni siquiera sospechaba la

⁷ N. G. Chernishevski, *Ensayos sobre la literatura rusa de la época de Gógol*, Tomo III, 1947, página 208.

existencia del discurso en prosa⁸. Pero cuando personas que sólo son capaces de utilizar inconscientemente el método dialéctico se permiten emitir juicios sobre la dialéctica, no se dice nada que no sea absurdo.

La búsqueda de la verdad concreta constituye el rasgo diferencial del pensamiento dialéctico. Chernishevski ha expresado este pensamiento al decir que desde los tiempos de Hegel “se volvió obligatorio para el pensamiento filosófico explicar la realidad”, y que “de aquí proviene la intensa atención a la realidad, sobre la cual no se reflexionaba antes, desfigurándola sin ningún miramiento, de acuerdo al gusto de las propias prevenciones”⁹.

Si esto es así (y así es, en efecto) no es difícil comprender el papel desempeñado por la dialéctica en el *desarrollo del socialismo desde la utopía hasta la ciencia*.

Los racionalistas franceses del siglo XVIII observaban la vida social desde el punto de vista de una abstracta contradicción entre el bien y el mal, entre la razón y la sinrazón. Continuamente “recaían en la abstracción”. Basta recordar la actitud que tenían hacia el *feudalismo*, en el cual venían el mayor de los *absurdos*, y por nada del mundo podían reconocer que hubo un tiempo en que dicho sistema podía ser, a su modo, *razonable*, dadas las relaciones sociales. Los socialistas utópicos toman en cuenta a veces la insuficiencia del pensamiento abstracto del siglo XVIII. Algunos de ellos, al opinar *sobre la historia*, dejan de lado eventualmente la abstracción “*el sí es sí y el no es no*” y adoptan el punto de vista dialéctico. Pero tal cosa ocurre tan sólo *eventualmente*. Casi todos ellos, en la gran mayoría de las veces, al juzgar la vida social se limitan a la abstracción “*o una cosa u otra*”. El espíritu de este “o-o” impregna todos sus sistemas, y justamente este “o-o” confiere a dichos sistemas un *carácter utópico*. Para pasar de la utopía a la ciencia, el socialismo necesitó superar este modo de pensar y alcanzar el método dialéctico. Marx y Engels realizaron esta necesaria reforma del socialismo. Pero pudieron realizarla *tan sólo porque* habían pasado previamente por la escuela filosófica hegeliana. Ellos mismos reconocían de buen grado que estaban en gran deuda con el método dialéctico. Pero el señor Bernstein prefiere que las cosas sean de otro modo, y nos explica que la transformación del socialismo de una utopía en una ciencia se ha realizado *a pesar* de la dialéctica y no *gracias* a ella. Esto, por supuesto, es muy categórico, pero queda tan poco demostrado como esa notable idea que ha expresado alguna vez el señor L. Tijomírov en su folleto *Por qué he dejado de ser revolucionario*, en la cual se afirma que la literatura rusa se desarrolló *gracias* a la autocracia, y no *a pesar de ella*¹⁰.

El señor Bernstein está firmemente convencido de que Hegel y sus discípulos han tenido una actitud prevenida contra los conceptos definidos, a los cuales consideraban *metafísicos*. El lector ya sabe, por las palabras de Chernishevski, hasta qué punto exige la filosofía dialéctica de Hegel una actitud atenta hacia la realidad. Pero la actitud atenta a la realidad no es posible sin conceptos nítidamente definidos. Por esta razón es menester suponer que el señor Bernstein (también en este caso) no ha comprendido al gran pensador. Así es. Y para convencerse de ello basta leer (y, por supuesto, comprender) el parágrafo 809 de la *Gran Enciclopedia* de Hegel, que reza así:

PARÁGRAFO

“El pensamiento en tanto que actividad del juicio se apoya en definiciones categóricas, que se excluyen las unas a las otras. Estas abstracciones limitadas se le presentan como sólidamente existentes”.

⁸ Ver Molière, *Le bourgeois gentilhomme*.

⁹ N. G. Chernishevski, obra citada, páginas 207-208.

¹⁰ Ver L. Tijomírov, *Por qué he dejado de ser revolucionario* (en ruso), París, 1888, página 25.

APÉNDICE AL PARÁGRAFO

“Es menester, ante todo, dar lo suyo al pensamiento racional, y reconocer asimismo su mérito, que consiste en el hecho de que sin pensamiento racional no se puede llegar a nada firme ni definido en el terreno de la teoría o de la práctica. En un principio, la conciencia piensa que los objetos existentes contienen en sí determinadas diferencias. Así, por ejemplo, al estudiar la naturaleza se distinguen varias sustancias, fuerzas, especies, etc., y se las considera como si estuvieran aisladas. El triunfo ulterior de la ciencia consiste en pasar del punto de vista del *juicio* al punto de vista de la *razón*, estudiando a cada uno de estos fenómenos (que el juicio recompone como partes separadas por un abismo de todas las otras) en el proceso de su paso a otro fenómeno, en el proceso de su aparición y aniquilamiento”.¹¹

Quien sea capaz de ver *los conceptos* que están detrás de las palabras y no se deje confundir por la terminología de Hegel (actualmente estafalaria), reconocerá que el camino de investigación señalado por él es justamente el camino que ha seguido la ciencia en nuestro país (por ejemplo, las ciencias naturales), y que ha logrado para ella sus más brillantes éxitos teóricos.

Hegel no sólo no ignora los derechos del juicio (y, en consecuencia, de *los conceptos exactamente definidos*), sino que defiende enérgicamente los derechos de éste, aun en terrenos que, al parecer, están muy lejos del “ámbito natural del juicio”: en filosofía, en religión y en arte, Hegel observa sutilmente que toda obra dramática feliz presupone un cierto número de caracteres nítidamente definidos. Y en lo que se refiere a la filosofía, ésta, de acuerdo a sus palabras, *exige ante todo ¡precisión de pensamiento!*¹².

Pero ¿qué le importa al señor Bernstein el verdadero carácter de la filosofía hegeliana? ¿qué puede importarle a él la *Enciclopedia hegeliana* en general, o tal o cual párrafo en particular? Él sabe muy bien que siempre puede contar con lectores que habrán de aplaudirlo aun en el caso de que se den cuenta de sus errores. *¡Bernstein critica a Marx! Bernstein se esfuerza por destruir el “dogma” marxista.* Esto es suficiente en la actualidad para ganarle una ruidosa fama. Por supuesto, no está demás estudiar el punto que se debe criticar. Pero también es posible prescindir de ello...

El señor Bernstein se apoya en su buen sentido, pero Engels ha observado acertadamente que el buen sentido sigue siendo un guía de confianza hasta el momento en que no excede los límites de su competencia. Hasta dónde puede llegar el señor Bernstein, queda demostrado por las siguientes observaciones, expuestas (digamos de pasada) no en el libro que examinamos, sino en uno de los artículos aparecidos en *Neue Zeit* después de la aparición del libro¹³.

En su conocido trabajo sobre Feuerbach dice Engels que, desde el punto de vista dialéctico, el mundo es un conjunto de *procesos*, en el cual *las cosas* y sus imágenes mentales, es decir, *los conceptos*, no están en reposo, sino que cambian continuamente. “Por supuesto”, el señor Bernstein considera que, en principio (*prinzipiell*) esta tesis es exacta. Pero no sabe dentro de qué límites esta tesis sigue siendo justa y cómo ha de entender las palabras: cambio continuo. Como observa él, *los cambios a que está sometido el organismo de un hombre dado no lo pueden convertir, en ningún caso, en*

¹¹ Ver Hegel Obras, Tomo I, 1930, páginas 131-132 (en ruso).

¹² G. W. Hegel, Werke, Bd. IV, páginas 150-151 (Hegel, *Obras*, página 134, en ruso).

¹³ Plejánov se refiere al artículo de Bernstein *Dialektik und Entwicklung* (*La dialéctica y el desarrollo*), publicado en los números 37 y 38 de *Die Neue Zeit* del año 1899, en respuesta al artículo de Kautsky *Bernstein und die Dialektik* (*Bernstein y la dialéctica*), que apareció en el n° 28 de esa revista.

un ser de distinta especie. Esta hondura de pensamiento podría despertar la envidia de Sancho Panza. ¿Pero realmente cree el señor Bernstein que Hegel y los hegelianos podían por un solo minuto perder de vista esta verdad antigua, profunda y respetada? Como si hubiera previsto la aparición de “críticos” à *la monsieur Bernstein*, Hegel llama la atención de sus lectores sobre el hecho de que el desarrollo de todo fenómeno dado sólo puede llegar a *ser real* mediante lo que encierra en sí como posibilidad (*an sich*). Hegel pone como ejemplo a la planta, y observa que, si bien la planta cambia, este cambio se produce de acuerdo a la naturaleza de su germen y “no se pierde en un cambio simple o inadecuado en algún modo”¹⁴. ¡Juzgad por esto hasta qué punto era necesaria la profunda observación del señor Bernstein!

III El ¡volvamos a Kant! De Bernstein

El señor Bernstein afirma que Marx exageró la rapidez de la marcha del movimiento histórico¹⁵. Esto es exacto si se refiere al punto de vista de Marx sobre el desarrollo de la *sociedad capitalista*. Pero ¿Por qué Marx tenía que exagerar en este sentido? El señor Bernstein le echa la culpa a la *dialéctica*. Este aspecto de la influencia de la dialéctica es para él el más perjudicial y peligroso. Es precisamente éste el punto que lleva al señor Bernstein a “desconfiar de las bellezas dialécticas”. Desgraciadamente, este aspecto existe tan sólo en su imaginación.

Según Hegel, el proceso *lógico* de la negación se realiza *fuera del tiempo*. Pero los procesos reales de negación de un fenómeno de la naturaleza por otro, o de un sistema social por otro, se determinan por la *rapidez de su marcha, por su naturaleza* y por las *condiciones concretas* en las que se efectúan. En su polémica contra Dühring y en su estudio sobre Feuerbach, Engels señala que el desarrollo del universo es un proceso dialéctico. ¿Ha *exagerado* Engels la rapidez de este proceso, que exige, según sus mismas palabras, períodos extraordinariamente largos de tiempo? No lo creemos. Pero aun en el caso de que reconociéramos ese error en él, no habría, de todos modos, que culpar de esto a la dialéctica, sino a cualquier otra circunstancia: la insuficiencia de los datos sobre la naturaleza, la actitud poco atenta en relación al tema o alguna otra

¹⁴ Hegel, *Obras*, Tomo IX, 1932, página 27 (en ruso).

¹⁵ En una de las primeras redacciones de este artículo, Plejánov, se ocupaba del reproche que hacen Bernstein y Kautsky a Marx y Engels, quienes habrían exagerado la rapidez de las transformaciones sociales en la historia. Al refutar este reproche, Plejánov subraya que en el *Manifiesto* no se dice “... la revolución burguesa en Alemania ha de ser *necesariamente* el prólogo de la revolución del proletariado”, sino que tan sólo “*puede serlo...*” (*sein kann*). Los autores del *Manifiesto no profetizaban*: se limitaron a señalar una de las diversas “*posibilidades*” (*La herencia literaria de J. V. Plejánov*, sb. V. página 85). [Sin embargo: “... y, por lo tanto, la revolución burguesa alemana no podrá ser sino el prelude inmediato de una revolución proletaria”, *Manifiesto Comunista*, en *Obras Escogidas*, en dos tomos, Tomo I, Editorial Ayuso, Madrid, 1975, página 50; y en este sentido todas las versiones en castellano y francés conocidas por nosotros, y que no por ello ‘traicionan’ el original alemán que reza: “...*die deutsche bürgerliche Revolution also nur das unmittelbare Vorspiel einer proletarischen Revolution sein kann*” y donde el ‘nur’ justifica el sentido de las traducciones al castellano y francés, como mínimo; el ‘por lo tanto’ es la conclusión a lo expuesto inmediatamente más arriba en el *Manifiesto* y que no es sino otro elemento teórico más de la concepción de la revolución permanente en Marx y Engels y que hace de la interpretación fatalista una clara violación del concepto general de todo el último epígrafe del *Manifiesto*; por otra parte ningún científico, menos un marxista, puede tomar los pronósticos políticos, absolutamente indispensables, como profecías, por sí solo éste es ya un índice de falta de honestidad intelectual. (Alejandría Proletaria)]

deficiencia. La influencia de la dialéctica sobre el juicio de Engels respecto de la rapidez de estos procesos sería en este caso tan insignificante como la influencia que ha tenido sobre él, por ejemplo, el color de la tez de la emperatriz de la China.

Tomemos otro ejemplo, esta vez del terreno de la *historia*. En su *Misère de la philosophie*, Marx, al oponer su método dialéctico al pensamiento abstracto de Proudhon, escribe: “En Alemania han hecho falta tres siglos enteros para establecer la primera gran división del trabajo, que consiste en la separación de las ciudades y de los campos”¹⁶. ¿Exageraba él aquí la rapidez de la marcha del desarrollo histórico? Al parecer, tampoco hay aquí ninguna exageración, y si la hay, la dialéctica nada tiene que ver en el asunto.

El tercer ejemplo lo tomamos de la vida social contemporánea. Como es sabido, Lassalle era un partidario resuelto del método dialéctico. Pero este partidario resuelto del método dialéctico pensaba que para una supresión gradual “de la propiedad territorial y capitalista” (*Grund un Kapitaleigentums*) se necesitaba de cien a doscientos años. Si juzgamos de acuerdo al temperamento actual del señor Bernstein, habremos de suponer que este plazo le parece demasiado corto. Probablemente el señor Bernstein cree, como Rodbertus, que se requiere no menos de quinientos años para lograr esta supresión. Es asunto de él. Lo cierto es que Marx hubiera dicho que Lassalle exige más tiempo del necesario para una reestructuración básica de la sociedad. De aquí se desprende que los hegelianos, completamente de acuerdo entre ellos en reconocer la importancia del método dialéctico, pueden tener opiniones muy diversas sobre la rapidez del desarrollo social contemporáneo. Y de esto se deduce que, si un partidario de la dialéctica exagera de hecho esta rapidez, habrá que explicar su exageración por alguna causa que nada tiene que ver con la influencia de la dialéctica.

El señor Bernstein dice: “Sabemos qué pensamos y también sabemos suficientemente de qué modo pensamos. Pero nunca llegaremos a saber cómo se produce nuestro pensamiento: el modo en que, partiendo de las sensaciones externas, de los nervios excitados o de cambios e influjos recíprocos entre las células del cerebro, surge el pensamiento”.

Es verdad que nunca sabremos cómo se produce nuestro conocimiento. Pero el problema no es éste, sino el que consiste en averiguar si esta ignorancia puede ser utilizada como un arma contra el *materialismo*. Los pensadores “críticos” del tipo de F. A. Lange, e inclusive los filósofos como Dubois-Raymond, creen que es posible. El que escribe estas líneas piensa que *no lo es*. Hemos demostrado esto con citas tomadas de obras de La Mettrie, en un artículo escrito contra el señor Bernstein¹⁷. El señor Bernstein se irritó mucho con nosotros a causa de este artículo, pero (como puede convencerse ahora el lector) no ha entendido absolutamente nada de nuestras objeciones.

“Se ha intentado explicar esto (continúa diciendo el señor Bernstein) atribuyendo al átomo una cierta capacidad de conciencia, una animación en el sentido de la teoría de las mónadas.”

En verdad, *se ha intentado*. Entre quienes lo intentaron, como hemos demostrado en nuestro artículo, está *el materialista* La Mettrie, aunque comparar la doctrina de éste con la teoría de Leibnitz sobre las mónadas es, de todos modos, muy aventurado. El señor Bernstein nada dice de La Mettrie, pero cree, de todos modos, que “esta [la tentativa de explicación citada] es una hipótesis, una conjetura que nos es impuesta por nuestra manera de pensar y nuestra necesidad de una visión del mundo integrada”.

¹⁶ Carlos Marx, *Miseria de la filosofía*, Editorial Aguilar, Madrid, 1971, página 185.

¹⁷ Ver al artículo “Bernstein y el materialismo”.

¿Habéis entendido, lectores? Si habéis entendido, os felicitamos con toda el alma, ya que tenéis más suerte que quien escribe estas líneas y que el mismo señor Bernstein, quien evidentemente no entiende lo que escribe. *¡No es más que una conjetura!* ¡Sí, por supuesto! El señor Bernstein ha adivinado esto tan sólo en el momento en que decidió apartarse del materialismo, mientras que ninguna de las personas que comprenden el punto ha supuesto que se trataba de otra cosa.

Pero *¿qué se desprende* del hecho de que esto sea nada más que una simple conjetura? ¿La falta de fundamento del materialismo? Este es el punto esencial. Pero aquí ni los ejercicios “críticos” previos del señor Bernstein, ni el libro que estamos comentando nos dan “*un átomo*” de respuesta.

Adelante. “Un artículo mío, en el cual hacía referencia a este punto y observaba que el materialismo puro coincide en último análisis con el idealismo, dio al señor Plejánov el pretexto deseado para lanzar un ataque contra mí (en *Neue Zeit*, número 44, año 16, II)¹⁸, acusándome de ignorancia en general y de no comprender en particular los puntos de vista filosóficos de Engels. No he de referirme aquí al hecho de que el señor Plejánov aplica arbitrariamente mis palabras a temas que yo no he tratado en modo alguno (me limitaré a constatar tan sólo que su artículo concluye con una declaración. Al parecer, Engels habría contestado a una pregunta del señor Plejánov: “¿Entonces usted cree que el viejo Spinoza tenía razón al decir que el pensamiento y la extensión no son más que dos atributos de una sola sustancia?”) con las palabras: “Por supuesto, el viejo Spinoza tenía toda la razón.”¹⁹

El que escribe estas líneas está realmente muy asombrado de comprobar hasta qué punto ha entendido mal la filosofía de Engels (y, en consecuencia, la de Marx) el señor Bernstein, que ha tenido durante años una estrecha relación con él. En respuesta al llamado del señor Bernstein (¡volvamos a Kant!) lo invitamos a que vuelva a *estudiar filosofía* (*zurück in Studierzimmer*). No hemos buscado un pretexto para atacar al señor Bernstein. Si nuestro asombro se ha expresado con cierta acritud, esta acritud se explica por nuestras relaciones previas. Aunque siempre lo hemos tenido por un hombre *de cortos alcances* (y de esto pueden dar testimonio muchos de nuestros camaradas más cercanos), de todos modos considerábamos que Bernstein pertenecía a la escuela de Marx y nos sentíamos muy afectados por *las tonterías* que escribía a la sazón sobre el materialismo. En esos tiempos nuestra severa opinión sobre él pudo parecer injusta a algunos lectores. Ahora apenas podrá encontrarse una persona, no totalmente faltada de conocimientos, que esté en condiciones de reprocharnos cierta exageración. La ignorancia filosófica del señor Bernstein se ha mostrado *en todo su esplendor* y ya ni siquiera nos atrevemos a invitarlo a que revise sus manuales: *comprobamos que los manuales no han sido escritos para él*.

¡El materialismo puro, en último análisis, coincide con el idealismo! En tal caso, la filosofía de Fichte y de Hegel, “en último análisis”, ¡coincide con la filosofía de La Mettrie o de Holbach! Esto tan sólo lo puede afirmar quien no comprende ni el materialismo, ni el idealismo, ni a Holbach, ni a La Mettrie, ni a Hegel ni a Fichte. El idealismo, sin duda alguna, tiene un rasgo en común con el materialismo: la búsqueda de una explicación *monista de los fenómenos*. Pero *el modo* de realizar esta búsqueda en

¹⁸ La referencia es el artículo de Plejánov, “Bernstein y el materialismo”, publicado por primera vez en *Die Neue Zeit*, en el número 44 del año 1898. Es artículo fue la respuesta al artículo de Bernstein mencionado en esta cita: “*Das realistische und das ideologische Moment in Sozialismus*” (“El momento realista y el momento ideológico del socialismo”), publicado en el número 34 de la misma revista.

¹⁹ Plejánov cuenta esta conversación con Engels en su artículo “Bernstein y el materialismo” [De próxima publicación en Alejandría Proletaria].

el materialismo es *diametralmente opuesto* al modo que adopta el idealismo y, por lo tanto, “en último análisis”, el materialismo difiere *radicalmente* del idealismo.

Al invitarnos “*a volver a Kant*” el señor Bernstein asumió la obligación de mostrarnos el camino (equivocado en tal o cual sentido) que seguía el materialismo. En vez de ello, se limita a realizar una “reducción” (¡una reducción tan ingenua y tan torpe!) del materialismo al idealismo. ¡Cuánta fuerza, cuánta profundidad crítica!

Hablemos ahora de Spinoza. La señora Kantzel no ha sabido traducir la parte del libro de Bernstein que se refiere a Spinoza. El señor Bernstein dice que nuestro artículo, escrito con motivo de “la vuelta a Kant” (un filósofo que él nunca ha conocido y no conoce, como lo reconoce inclusive su compañero de ideas, el señor Struve), *se reduce* a la conversación que tuvimos con Engels y que él cita. Esto no es exacto.

Un camarada alemán, mucho más competente en el terreno de la filosofía que el señor Bernstein, ha expuesto en *Neue Zeit* la idea de que el materialismo de las ciencias naturales no resiste a la crítica, y de que es inútil vincularlo a la teoría de Marx y Engels, a la cual es mucho más fácil vincular con la teoría filosófica más resistente de Spinoza²⁰. Del mismo modo que el señor Bernstein hace referencia al artículo de este camarada, nosotros nos consideramos en la obligación de responder *a éste*. Hemos señalado que Marx y Engels nunca han apoyado ese materialismo que el camarada spinozista llama científico-natural, es decir, el materialismo de Vogt²¹ y de Moleschott. Más aun, basándonos en las obras de La Mettrie y de Diderot hemos señalado que el materialismo francés del siglo XVIII fue en el fondo *nada más que un spinozismo disimulado*. Lo mismo hemos expuesto en relación a Feuerbach. Tan sólo *después* de esto, pasando a Marx y Engels, los fundadores del socialismo científico, hemos expresado (indicando la estrecha relación de sus puntos de vista filosóficos con los puntos de vista de Feuerbach) el convencimiento de que el materialismo de estos autores era otra versión del spinozismo. Y finalmente (como uno *de los fundamentos* de esta convicción) hicimos referencia a una conversación que tuvimos con Engels. El señor Bernstein saca la conclusión de que todo nuestro artículo se reduce a esta conversación, ¿A qué se puede atribuir estas palabras: a falta de veracidad o a debilidad intelectual?

“La sustancia, a la cual atribuye Spinoza estos dos atributos [continúa diciendo el señor Bernstein] es Dios. En todo caso, Spinoza identifica a Dios con la naturaleza porque ya desde mucho tiempo atrás Spinoza pasaba por ser un negador a Dios, y su filosofía era tachada de ateísmo, a pesar de ser un panteísmo (desde el punto de vista formal)... Spinoza llegó al concepto de un Dios de sustancia infinita, con los atributos mencionados y otros, por medios puramente especulativos. Para él son idénticos en principio el pensamiento y la existencia. Al respecto, Spinoza se asemeja a ciertos materialistas; pero implicaría un uso arbitrario de las palabras decir que ha sido un representante del materialismo filosófico... Si por la palabra “materialismo” ha de entenderse en general algo definido, entonces tan sólo puede haber una teoría de la materia, como fundamento único y último de las cosas. Pero Spinoza llama claramente a su sustancia de ser discípulo de Spinoza, pero tan sólo cuando ya no sea materialista”²².

Esto es todo lo que tiene que responder el señor Bernstein a nuestras precisiones históricas. No es mucho. Y a éste poco se puede aplicar, en cierto modo, el adagio latino: *non multa, sed multum*²³.

²⁰ Plejánov se refiere al artículo de Iakov Stern, “*Der oekonomische und der Naturphilosophische Materialismus*”, *Die Neu Zeit*, 1897, número 36.

²¹ En las otras versiones se lee “Fichte” en vez de “Vogh”.

²² Ver S. Bernstein, *El materialismo histórico*, 1901, páginas 78-79 (en ruso).

²³ No muchas cosas sino mucho.

Spinoza se parece a ciertos materialistas porque para él el pensamiento y la existencia son idénticos en principio. Está bien. Es decir, ¿existen materialistas que reconozcan la identidad de la existencia y el pensamiento? Al parecer, sí. Pero esto es un soberano error, y si el señor Bernstein *entendiera realmente* qué significan las palabras *identidad de la existencia y el pensamiento* nunca habría descubierto, como es natural, esta identidad en ningún materialista. En ese caso se habría dado cuenta de que el *reconocimiento de la identidad de existencia y pensamiento tan sólo es posible dentro del idealismo*. Y entonces (conclusión nueva y de cierto alcance para la comprensión del tema) no podría decir que el materialismo puro, en último análisis, se reduce al idealismo. Pero el señor Bernstein no comprende el punto del cual está hablando y, por esto, es torpe y desvalido al utilizar la terminología filosófica, tan torpe y tan desvalido como el “mago” (en el relato de Uspenski *La indigencia sabe cantar*) cuando utiliza un lenguaje literario y promete al respetable público presentarle “la decapitación de la cabeza, de la nariz y otras partes del cuerpo humano”.

Si Spinoza hubiera reconocido la identidad de la existencia y el pensamiento, habría sido *un idealista “puro”*, es decir, justamente lo que no era. Su sustancia única es a la vez *material y espiritual*. Pero según el señor Bernstein Spinoza “*dice claramente*” que su sustancia es incorpórea. ¡Muy bien ha entendido a Spinoza! ¡Casi tan bien como a Hegel!

Todos estos errores del señor Bernstein son tan evidentes y tan imperdonables, demuestran hasta tal punto su total y franca incompetencia en el terreno filosófico, que el lector puede formularse la pregunta: ¿vale la pena ocuparse de ellos? Pero quien esté dispuesto a dar una respuesta *negativa* a esta pregunta, aunque sólo sea de pasada, cometerá un grave error.

IV Los “horrores de la revolución violenta”

En tal forma se comporta la burguesía (regocijada por la defección del señor Bernstein) con este “crítico”: proclama en voz tan estentórea sus victorias “críticas” que un análisis de sus argumentos puede proporcionar numerosos “datos” psicológicos para una caracterización de nuestra época. Además, el alejamiento del señor Bernstein del materialismo y su invocación “¡volvamos a Kant!”²⁴, no representa en modo alguno una simple deficiencia de capacidad filosófica (si se puede hablar de capacidad filosófica en relación al señor Bernstein); no; estas deficiencias constituyen la expresión natural, inevitable y elocuente de sus actuales tendencias sociales y políticas. Estas tendencias pueden definirse de la siguiente manera: *la aproximación a los sectores progresistas de la burguesía*. “Lo que llaman burguesía [dice el señor Bernstein] es una clase compleja, compuesta por diversas capas con intereses muy diversos. Estas capas se mantienen unidas mientras están presionadas o amenazadas por igual. En el caso dado, tan sólo se puede hablar, por supuesto, de esto último, es decir, la burguesía forma una masa reaccionaria homogénea porque todos sus elementos se ven igualmente amenazados por la socialdemocracia (unos en sus intereses materiales y otros en sus intereses ideológicos: la religión, el patriotismo, el deseo de defender al país de los horrores de una revolución violenta)”²⁵. Esta cita reducida nos da la clave para la comprensión de la

²⁴ En su libro Bernstein dice que la expresión “¡volvamos a Kant!” ha sido reemplazada por otra: “¡volvamos a Langel!”. Pero esto en nada cambia la cosa. (Plejánov)

²⁵ Páginas 248-249. (Plejánov)

psicología de la “revisión del marxismo” emprendida por el señor Bernstein. A fin de no “amenazar” los intereses ideológicos de la burguesía, ante todo la religión, el señor Bernstein “vuelve” al punto de vista de “*la filosofía crítica*”, que hace muy buenas migas con la religión, mientras que *el materialismo* es hostil resuelta e irreconciliablemente²⁶. A fin de no “amenazar” el “patriotismo de la burguesía”, Bernstein rechaza la tesis de Marx que niega una patria al proletariado y opina sobre la política exterior de Alemania con el tono de un “hombre público” actual de la escuela de la “política realista”; por último, con el propósito de no “amenazar a la burguesía *con los horrores de una revolución violenta*”, se pronuncia contra la “*Zusammenbruchstheorie*” (teoría de las catástrofes) (la cual, dicho sea de paso, ha confeccionado Bernstein sobre la base de algunas palabras de Marx y Engels en parte mal entendidas y en parte desfiguradas) y trata de demostrar que “la dictadura de clase es una señal de cultura inferior: es un paso hacia atrás, un atavismo político”²⁷. El que desee comprender al señor Bernstein debe aclararse no tanto sus conclusiones teóricas, en las cuales nada puede encontrarse fuera de ignorancia y confusión conceptuales, cuanto sus esfuerzos prácticos, que explican todas sus desventuras y pecados teóricos. “*Dadme el hombre y os daré su filosofía*” (dice con justeza Fichte).

“Es el opio del pueblo [la religión, escribe Marx en los *Anuarios Francoalemanes*]. La superación de la religión como felicidad *ilusoria* del pueblo es la exigencia de que éste sea *realmente* feliz [...] La crítica de la religión es ya, por tanto, *implícitamente la crítica del valle de lágrimas...*”²⁸.

Este lenguaje, por supuesto, no puede ser del gusto de los filisteos burgueses, que necesitan el “opio religioso” para asegurarse a sí mismos un poco de “*felicidad ilusoria*”, ni de esos ideólogos de la burguesía, mucho más dotados y más audaces que, después de haberse librado de sus prejuicios religiosos, fomentan sin embargo la *felicidad ilusoria* de las masas populares a fin de prevenir los atentados de éstas contra la *felicidad real* de las clases pudientes. Se sobreentiende que son estos caballeros, precisamente, quienes se pronuncian con especial acrimonia contra el materialismo, y con particular énfasis condenan el dogmatismo de los revolucionarios que desenmascaran el verdadero carácter de su propaganda anti-imperialista...

En el interesante folleto *Reform oder Revolution (Reforma o Revolución)* K. von Massov, *Geheimer Regierungsrath, Mitglied der internationalen Kommission für Schutzpflege us. s. w.* (consejero privado, miembro de la comisión internacional de tutela, etc.), en una palabra, un hombre enteramente “*respectable*”, expresa su firme convicción de que “si nuestro desarrollo continúa tal como ha marchado hasta ahora, en el futuro, nuestro país estará amenazado por una revolución social” (*Vorwort*, página 1). Para evitar esta revolución se requiere, en su opinión, una reforma multilateral (*eine Gesamtreform auf staatlichem und sozialm Gebiet*) (*una reforma multilateral al nivel gubernamental y social*) y su libro está dedicado a mostrar esta necesidad. Pero una reforma social multilateral no excluye en su programa la lucha contra las “fuerzas revolucionarias” (*die Mächte des Umsturzes*). Mientras no se produzca una explosión revolucionaria, es menester luchar contra ellas con *las armas del espíritu* (mit Geistigen

²⁶ Ya los antiguos habían comprendido que en esto radica uno de los principales méritos culturales del materialismo. Lucrecio expresó elocuentemente esta opinión en su elogio de Epicuro: “Cuando la vida humana sobre la Tierra se encontraba despreciablemente oprimida por el peso de la religión, que desde el cielo levantaba la cabeza y, con aire aterrador, amenazaba a los mortales, surgió por primera vez un varón griego, un mortal, que osó dirigir a ese lugar sus miradas, y oponerse: un mortal a quien no asustaron ni los altares de los dioses, ni las centellas, ni los amenazadores fragores celestiales...” etcétera. (Plejánov)

²⁷ Bernstein ataca la dictadura del proletariado en el capítulo final de su libro (páginas 324 y siguientes).

²⁸ Carlos Marx, “Crítica de la filosofía del Derecho de Hegel”, en *Obras de Marx y Engels, OME 5*, Volumen 5, Crítica, Barcelona-Buenos Aires-México, 1978, página 210.

Waffem) y en esta lucha hay que dirigir todas las fuerzas, en primer término, contra el materialismo. Pero el señor von Massov cree que quienes están en mejores condiciones para luchar *contra el materialismo* son los opositores “de las fuerzas revolucionarias” que se han redimido de la mácula materialista. “El enemigo contra el cual debemos luchar es ante todo el materialismo en nuestro propio medio [exhorta]. La socialdemocracia es absolutamente materialista, niega a Dios y a la eternidad [sic]. Pero ¿de dónde ha tomado esta doctrina? ¿No ha descendido acaso desde las clases altas hasta las inferiores? La enorme mayoría de las personas educadas ha perdido en nuestros días la fe de sus padres...” “Una parte del mundo culto es absolutamente atea” (obra citada página 222). Y las consecuencias sociales del ateísmo son aterradoras. “Si no existe ni Dios, ni vida de ultratumba, ni eternidad; si con la muerte termina también la existencia del alma, entonces se vuelve veinte o treinta veces más injusta cada penuria, cada privación de la parte de la humanidad que sufre, mientras que la otra parte nada en la abundancia. ¿En qué es posible basarse para lograr que nueve décimas partes de la población soporten todo el peso de la realidad, mientras que una minoría se mantiene libre de toda carga?” (Obra citada página 222-223)

Al respecto, un ateo no puede decir nada consolador. Pero justamente en esto reside el *peligro social* del ateísmo: el ateísmo infunde y despierta sentimientos revolucionarios en la masa trabajadora. Y precisamente por este nuestro consejero privado de estado, etc., etc., exhorta a la burguesía culta al arrepentimiento y a la lucha contra el materialismo. El señor von Massov es un hombre sensato, mucho más sensato que los “marxistas” que, simpatizando sinceramente con la clase trabajadora, al mismo tiempo se sienten fascinados (y no con menor sinceridad) por la filosofía “crítica”. Estas personas se adhieren a la concepción materialista de la historia, pero se muestran muy sorprendidas cuando se les hace ver las *causas sociales* (es decir, al fin de cuentas, *económicas*) de la actitud negativa hacia el materialismo y de la difusión del *neokantismo*, que se observa en los ambientes de la burguesía culta en nuestros días.

V Fuerza y violencia

Pero volvamos al señor Bernstein. El último capítulo de su libro ostenta como epígrafe: *Kant wider Cant (Kant contra el cant)*. Al aclarar el sentido de este epígrafe, el señor Bernstein dice que el espíritu del filósofo de Königsberg lo incita a luchar en contra del palabrerío de concepciones anticuadas que procuran afirmarse en la socialdemocracia y que constituyen para ésta un gran peligro. “Los ataques de furia [escribe] que he provocado al señor P. [Plejánov] confirman mi convicción de que la socialdemocracia necesita un nuevo Kant que sepa dirigir el arma de su crítica, que muestre al vacilante materialismo como la más grande de las ideologías, la que más fácilmente se descarrila (que demuestre que el desdén hacia el ideal, el reconocimiento de los factores materiales como fuerzas todopoderosas del desarrollo, es un autoengaño que siempre es percibido como tal por los mismos que lo promulgan” (página 330)). El lector puede no entender qué tiene que hacer aquí el materialismo vacilante, el autoengaño y, más aun, un autoengaño “*percibido como tal*”. El punto se explica muy sencillamente: en opinión del señor Bernstein el autoengaño es inevitable cuando los hombres reconocen los factores económicos como “todopoderosos” y, al mismo tiempo, en la realidad, no son ajenos *a los ideales*. Ya sólo esto es suficiente para demostrar hasta qué punto está el señor Bernstein *cerca* del señor Karéev, y hasta qué punto está lejos de una crítica seria del marxismo. Para convencerse de esto en forma definitiva

basta leer las páginas que dedica el señor Bernstein a enjuiciar los puntos de vista *históricos* de Marx y Engels. Al leer estas páginas los pelos se nos ponen (literalmente) de punta. Pero la falta de espacio nos impide analizar aquí estas opiniones, y enviamos al lector curioso a lo que dice Kautsky en su libro *Bernstein und das Sozialdemokratische Program*²⁹ y a lo que decimos nosotros en el prefacio a la nueva edición del *Manifiesto del Partido Comunista*^{30,31}. Aquí nos limitaremos a tomar en cuenta el siguiente caso curioso, que no es de naturaleza histórico-filosófica, sino que se vincula a la “crítica” filosófica del marxismo. El señor Bernstein dice: “En la expresión “la concepción materialista de la historia” están incluidas todas las insuficiencias vinculadas en general con el concepto de materialismo. El materialismo filosófico, o de las ciencias naturales, es plenamente determinista, lo cual no puede decirse de la concepción marxista de la historia, y no reconoce ninguna influencia determinante e incondicional como fundamento de la vida de los pueblos (páginas 23-24). De aquí se deduce que es determinista tan sólo aquel que reconoce como fundamento económico de la vida a un factor incondicional y determinante que tiene efecto sobre las formas de ésta (¿?!). Estas son las columnas de Hércules de la ignorancia y de la incomprensión. Pero no es todo. Después de haber observado Kautsky, en *Neue Zeit*, que sin determinismo no puede haber una explicación científica de los fenómenos, nuestro “crítico” se apresuró a declarar que él estaba únicamente en contra del determinismo materialista, que explica los fenómenos psicológicos por medio de la materia, mientras que él, el señor Bernstein, reconoce igualmente la acción de otro principio. De esta manera, el señor Bernstein graciosamente se instala en ese puerto seguro del dualismo, a cuya entrada está la leyenda: “*El hombre se compone de alma y cuerpo*”. Esto es bien conocido por el lector ruso enterado de las ideas de Karéev³². Pero esta doctrina se concilia mal con ese kantismo al cual quiere “volver” el señor Bernstein. Kant afirma categóricamente que “*alle Handlungen der venünftigen Wesen, sofern sie Erscheinungen sind, in irgend einer Erfahrung angetroffen werden, stehen unter der Naturanothwendigkeit*” (“todos los actos de los seres racionales, en la medida en que son fenómenos y se los encuentra de una u otra manera en la experiencia, están subordinados a la necesidad natural”) (Prolegomena, parágrafo 53). ¿Qué se quiere decir, pues, al afirmar que los fenómenos están subordinados a la necesidad natural? Esto significa exactamente que dichos fenómenos pueden ser explicados desde un punto de vista materialista. (Cf. *Kritik der Urteilskraft*, página 58) (*Crítica del juicio*). Resulta así que el señor Bernstein se ha pronunciado no sólo contra los materialistas, *sino también contra Kant*. Y todo ello a fin de no amenazar los intereses ideológicos de la burguesía, es decir, a fin de no oponerse al *cant* burgués. *Cant wider Kant*: esta es la divisa que debió haber elegido el señor Bernstein.

²⁹ El libro citado de Kautsky fue publicado por Dietz en Stuttgart el año 1899.

³⁰ Ver el artículo de Plejánov, “Las primeras fases de la doctrina de la lucha de clases”.

³¹ Otra observación al pasar. El señor Bernstein no aprueba nuestra expresión “la explicación *monista* de la historia”. Para él la palabra *monistisch* es sinónima de *simplistisch*. Para no embarcarnos en una larga explicación sobre la necesidad de un concepto *monista* en la historia habremos de repetir las palabras de Newton: “*Causas rerum naturalium non plures admitti debere, quam quae et verae, sint et earum phenominis explicandis sufficient*” (“No conviene admitir más causas de los fenómenos de la naturaleza que aquellas que son verdaderas y suficientes para explicarlos.”). El señor Bernstein no comprende que si el desarrollo de las relaciones sociales y, en último término, de las económicas, no es la causa fundamental del desarrollo del llamado factor *espiritual*, entonces este último se desarrolla *por sí solo*, y este autodesarrollo del factor espiritual no es otra cosa que uno de los aspectos de ese *autodesarrollo de los conceptos*, contra el cual, como “crítico”, Bernstein ha prevenido a sus lectores, describiéndolo como uno de los cebos más peligrosos de la dialéctica hegeliana. (Plejánov)

³² Plejánov se refiere a un artículo de N. I. Karéev, “El materialismo económico en la historia”, en el cual habla el autor de las distintas necesidades “del alma y del cuerpo” (ver *Viéstnik Evropy*, 1894, número 7).

Si el señor Bernstein ha rechazado el *materialismo* para no “amenazar” a uno de los intereses ideológicos de la burguesía, *la religión*, este rechazo de la dialéctica está motivado por su deseo de no asustar a esa misma burguesía con “*los horrores de una revolución violenta*”. Anteriormente hemos dicho que Bernstein no deja de condenar la abstracción “*o una cosa u otra*”, que no toma en cuenta las condiciones de espacio y tiempo, y que, al proceder así, emplea inconscientemente el método dialéctico. Esto es absolutamente cierto. Pero ahora debemos añadir que Bernstein transita inconscientemente por el terreno concreto de la dialéctica tan sólo cuando (y en la medida que) la dialéctica representa *un arma cómoda en la lucha contra el llamado radicalismo “de los revolucionarios”, que piensan de acuerdo a la fórmula “sí es sí y no es no*”. En tales casos todos los filisteos se convierten en *dialécticos*. Pero el mismo señor Bernstein, junto con todos los filisteos del planeta, está, dispuesto a pronunciar toda clase de tonterías contra la dialéctica, a hacerle los mismos absurdos reparos, una y otra vez, cuando piensa que puede contribuir al fortalecimiento y el desarrollo de las actividades revolucionarias en el medio socialista. Marx dice que los filisteos al alemanes se sentían atraídos por la dialéctica en los buenos viejos tiempos, cuando sólo la conocían bajo su aspecto mistificado, imaginando que podía servir para justificar sus procedimientos conservadores, pero que inmediata y resueltamente la rechazaron cuando se dieron cuenta de su verdadero carácter y comprendieron que la dialéctica contempla todo lo existente como algo transitorio, no se detiene ante nada y a nada teme, en una palabra, que *es revolucionaria en su misma esencia*³³. Esta misma actitud respecto de la dialéctica la encontramos ahora en el señor Bernstein, quien parece ser un genuino retoño del filisteísmo alemán por su psicología. Por esta razón los filisteos alemanes han saludado su “crítica” con repetidas exclamaciones de alegría, elevándolo al rango de los grandes hombres. Los pájaros del mismo plumaje se reconocen.

A fin de “no amenazar” a la burguesía con “los horrores de la revolución violenta” el señor Bernstein se ha rebelado contra la dialéctica y rompe lanzas contra la misma “*Zusammenbruchstheorie*” elucubrada por él. Al mismo tiempo, y con la misma finalidad, Bernstein se presenta como el Píndaro de la “democracia”. “La democracia [dice] representa en principio la supresión del dominio de clase, si no la supresión de hecho de las clases mismas (página 225). Entendemos perfectamente todas las excelencias de la democracia, y todas las ventajas que ha representado para la clase obrera en su lucha de liberación. Pero no queremos desfigurar la verdad ni siquiera en nombre de la democracia, del mismo modo que no queremos romper lanzas (ni siquiera en honor de Alejandro Magno). Que la democracia suprime el dominio de clases es nada más que una fantasía del señor Bernstein. La democracia establece este dominio justamente allí donde radica el concepto de clases, es decir, en el terreno *económico*. La democracia suprime tan sólo los *privilegios políticos* de las clases altas. Y justamente por esto, por no suprimir el *dominio económico* de una clase sobre las otras (de la burguesía sobre el proletariado) no termina ni siquiera con la lucha entre el proletariado y la burguesía, ni con la necesidad del proletariado de luchar por todos los medios adecuados a su fin en un momento dado. Al razonar “humanamente”, cualquier hombre no prevenido estará de acuerdo en que “los horrores de la revolución violenta”, *tomados*

³³ Ver Carlos Marx, Epílogo a la segunda edición de *El Capital*. [“La dialéctica mistificada llegó a ponerse de moda en Alemania, porque parecía transfigurar lo existente. Reducida a su forma racional, provoca la cólera y es el azote de la burguesía y de sus portavoces doctrinarios, porque en la inteligencia y la explicación positiva de lo que existe abriga a la par la inteligencia de su negación, de su muerte forzosa; porque, crítica y revolucionaria por esencia, enfoca todas las formas actuales en pleno movimiento, sin omitir, por tanto, lo que tiene de perecedero y sin dejarse intimidar por nada.”, Carlos Marx, *El Capital*, Tomo I, Fondo de Cultura Económica, México, 1972, página XXIV, “Postfacio a la segunda edición” (Alejandría Proletaria)]

en sí mismos, no encierran en sí *nada deseable*. Pero todo hombre que no esté engeguado por las corrientes antirrevolucionarias habrá de reconocer que la constitución democrática en modo alguno previene la agudización de la lucha de clases, que lleva necesariamente a un estallido revolucionario y a una dictadura revolucionaria. Y el señor Bernstein no asusta por cierto a los revolucionarios con su infundio de que la dictadura de clase es síntoma de una cultura inferior. La gran cuestión social de nuestro tiempo (la cuestión planteada por la supresión de la explotación económica del hombre por el hombre) sólo puede ser resuelta (como se han resuelto las grandes cuestiones sociales de épocas pasadas) *por medio de la fuerza*. Verdad es que *la fuerza no implica la violencia: la violencia es tan sólo una de las formas en que se manifiesta la fuerza*. Pero *la elección de la forma en que el proletariado habrá de manifestar su fuerza revolucionaria no depende de su propia buena voluntad, si no de las circunstancias*. La mejor forma es la que lleva más segura y rápidamente a la victoria sobre el enemigo. Y si “*la revolución violenta*” resultare ser en un país dado y en determinadas circunstancias el modo de acción más adecuado a ese fin, entonces será un doctrinario lamentable (cuando no un traidor) el que opusiere a ella consideraciones de principio, en el estilo usado por el señor Bernstein: “cultura inferior”, “atavismo político”, etc. La lucha física³⁴ es un “atavismo”, si queréis, dondequiera que se presente: es verdad que dos hombres que se pelean se asemejan a dos fieras. Pero ¿quiénes (salvo los tolstoianos) condenan toda resistencia al mal mediante la lucha física? Y si existe algún hombre serio que tome estas conclusiones seriamente, ¿qué razones usan los tolstoianos para condenar en principio la violencia? Para todo hombre sensato es evidente que estas conclusiones representan una aturdida caricatura del pensamiento de acuerdo a la fórmula favorita del señor Bernstein: “*sí es sí y no es no*”. Totalmente identificable, como ya sabemos, con la abstracción “*o una cosa u otra*” de Hegel (la violencia es o el mal o el bien). “Los horrores de la revolución violenta” siempre son más o menos “horrorosos”. Así es. Esto nadie lo discute. Pero el señor Bernstein ha elegido una manera muy equivocada de combatirlos: Bernstein debería dirigirse a la burguesía y mostrar ante los elementos que aún no están estropeados por el egoísmo de clase que el esfuerzo por frenar el impulso del actual movimiento socialista representa el pecado más tremendo contra el humanismo y la cultura. En la medida en que esta exhortación tenga buen resultado, habrá de debilitar la resistencia que opone la burguesía al movimiento proletario. En tal forma disminuirían las posibilidades del horror “de una revolución violenta”. El señor Bernstein ha preferido actuar de otro modo, oscureciendo la conciencia de clase de los obreros, recomendando una “revisión del marxismo” que tiene por finalidad tranquilizar a la burguesía. Este procedimiento ha tenido éxito por el hecho de que una parte considerable de la burguesía culta comprende perfectamente hasta qué punto es *útil para ella* la difusión del “marxismo revisado” del señor Bernstein, en vez de la vieja doctrina revolucionaria de Marx. Esta parte de la burguesía ha saludado al señor Bernstein como a una especie de Mesías. Pero Bernstein ha muerto para el socialismo y, por supuesto, ya nunca resucitará, por mucho que eleve la voz diciendo que los socialistas no lo han comprendido y que, esencialmente, él no es un hombre distinto de lo que fue. ¡Este celo no es razonable!

³⁴ El texto ha sido tomado de *Zariá* y difiere notablemente del texto de la recopilación de *Crítica de nuestros críticos* [de próxima publicación en *Alejandro Proletaria*], publicada bajo la censura zarista.

VI La teoría de la renta, de Bernstein

A cada paso el señor Bernstein se pierde en la oscuridad de sus propios conceptos, se enreda en sus propias contradicciones. De todos modos, en sus argumentos hay un centro lógico, en torno al cual se agrupan los pensamientos. Este centro es su *teoría de la renta*.

“Es completamente falsa la idea [escribe] según la cual el desarrollo contemporáneo muestra la disminución del número relativo (o absoluto, inclusive) de los propietarios. El número de éstos no crece “más ni menos” sino “más”, es decir, crece de modo absoluto y relativo. Si la actividad y las esperanzas de los socialdemócratas dependieran de la disminución del número de propietarios, en verdad podrían “dormir tranquilos”, pero esto es totalmente falso. Las esperanzas de la socialdemocracia no se basan en la disminución, sino en el aumento de la riqueza social. (página 90).

Ni Marx ni Engels, ni ninguno de sus discípulos, han vinculado sus esperanzas a una *disminución* de la riqueza social. Al esforzarse por romper semejante “vínculo” el señor Bernstein se debate contra molinos de viento. Pero todos los marxistas están convencidos de que el crecimiento de la riqueza social se acompaña en la sociedad capitalista del *crecimiento de la desigualdad social y la disminución del número de propietarios*. Si el señor Bernstein lograra demostrar lo contrario, habría que reconocer que ha infligido un golpe mortal al marxismo. (Entonces, en realidad, cualquier disquisición sobre revolución social sería una cháchara vacía.) Pero lo malo es que el señor Bernstein no ha demostrado nada parecido, nada fuera de su propia ininteligencia. Los argumentos que él invoca para defender su audaz tesis se reducen casi enteramente a la afirmación de que la renta media crece con más rapidez que la población. Esto es un hecho indiscutible. Pero este hecho indiscutible nada demuestra. *Si la renta social crece más rápidamente que las entradas medias, este crecimiento coincide plenamente con el crecimiento de la desigualdad social*. Ya hemos demostrado esto en el artículo que hemos escrito contra el señor Struve, dedicado en especial a analizar el problema del “advenimiento” de la desigualdad económica-social³⁵. A este artículo remitimos al lector, limitándonos aquí a formular algunas observaciones parciales.

En primer lugar, el aumento de las entradas medias coincide plenamente con el crecimiento de la desigualdad económico-social, y en ningún caso es prueba de un aumento absoluto (y mucho menos relativo) del número de propietarios. *La propiedad y la renta* son dos conceptos totalmente distintos.

En segundo lugar, las citas del señor Bernstein referentes a la distribución de la propiedad territorial son tan *inexactas* como es poco convincente su referencia al aumento de las entradas medias. Citaré aquí uno de los muchos ejemplos de esto.

El señor Bernstein dice que en Alemania el grupo de los propietarios rurales medios aumentó en el período 1882-1895 casi un 8 %, y que la superficie ocupada por ellos aumentó en un 9 % (página 110). Pero ¿qué sentido tienen los datos sobre el aumento del número absoluto de propietarios o sobre el área de *una* categoría de propietarios, si no se añade la cifra *total* de propietarios y de toda el área territorial cultivada en el país? Y si se toma en cuenta tal circunstancia, y se examina la *parte que corresponde* a los propietarios rurales medios dentro de la propiedad rural total, y la extensión del área total, resulta que el área ocupada en Alemania por los propietarios de esta categoría ha aumentado en forma absolutamente insignificante. En el año 1882 esta área constituía tan sólo el 11,90% de todos los terrenos dedicados a la agricultura; en

³⁵ Plejánov se refiere a un segundo artículo suyo contra Struve, en el cual polemiza con las aseveraciones de éste, basadas en un evolucionismo simplificado. Struve hablaba del aflojamiento de las contradicciones entre los intereses del proletariado y los de la burguesía en la sociedad capitalista.

1895 llegaba a un 12,37%. El aumento constituye, por lo tanto, *menos de un 0,50%*. Pero nos estamos refiriendo a *toda* la superficie cultivada de Alemania. En lo que se refiere al área dedicada a la agricultura propiamente dicha, las posesiones de la categoría citada constituían en 1882 un 12,26%, y en 1895 un 13,02%: el aumento no excede un 0,75%³⁶. Esto es tan poco que resulta inadecuado aquí el uso de la palabra “aumento”.

La situación de la propiedad rural en Alemania es tan compleja que, cuando se formulan juicios sobre ella, no es posible conformarse con las cifras estadísticas desnudas, sino que es menester tomar en cuenta las peculiaridades geográficas de cada región, así como las peculiaridades técnicas y económicas de cada categoría de agricultores, y los cambios que se han producido en los períodos examinados.

En lo referente a Inglaterra, el señor Bernstein, ha olvidado añadir (o no sabe) que los pequeños propietarios rurales, cuyo número aumenta realmente en este país por influencia de la competencia de ultramar, son llamados allí “los esclavos británicos” (*British slaves*)³⁷, hasta tal punto es mala su situación económica.

La teoría de Marx no es refutada de ningún modo por el aumento del número de estos “esclavos”, del mismo modo que no es refutada por el aumento del *sweating system* en tal o cual rama de la industria de transformación.

El señor Bernstein dice también que en la *región oriental de los Estados de América del Norte* aumenta el número de los propietarios rurales medios y pequeños. Esto es, una vez más, falso. En los Estados orientales la cantidad de granjas pequeñas *disminuye* y en América del Norte, en general, según la observación de Levasseur, hay una cierta tendencia a la concentración³⁸.

En Bélgica los últimos datos estadísticos señalan también una concentración de la propiedad territorial³⁹. La *disminución relativa del número de las propiedades rurales es un hecho plenamente comprobado en este país*.

VII Sobre la teoría del aumento de la renta media

“La unilateralidad con que expone el señor Schultze-Gavernitz la historia del desarrollo de la Inglaterra contemporánea, que en un tiempo me llevó a una vigorosa oposición a sus puntos de vista, no ha sido óbice para que en su obra, *Zum sozialen Frieden (Hacia la paz social)*, y en su monografía, *Der Grossbetrieb-ein wirtschaftlicher Fortschritt (La gran producción como progreso de la economía)*, se esclarezcan hechos que tienen una gran importancia para el conocimiento de la realidad económica actual [escribe el señor Bernstein]. No veo en ello nada malo y reconozco de buen grado que he dirigido mi atención a muchos hechos enumerados por Schultze-Gavernitz, así como por otros economistas de la escuela de Brentano (Herkner, Sintzheimer), hechos que hasta ahora yo no había notado en absoluto, o que había

³⁶ *Die Landwirtschaft im Deutschen Reich. Nach der landwirtschaftlichen Betriebszählung vom 14. juni 1895 (Statistik des Deutschen Reichs, Neue Folge, volumen 112, página 11)*. (La agricultura en el imperio alemán. Informes sobre agricultura del 14 de junio de 1895. Estadística del imperio alemán). (Plejánov)

³⁷ *Final Report of H. M. Commissioners appointed to inquire into the subject of agricultural depression*, London, 1879, página 36. (Informe final de los comisionados nombrados para investigar la crisis en la agricultura). (Plejánov)

³⁸ *L'agriculture aux Etats-Unis*, París et Nancy, 1894, páginas 61-62. (Plejánov)

³⁹ Ver el libro de Van der Velde, *La propriété foncière en Belgique* y nuestro comentario en el primer fascículo de *Zairá* [G. V. Plejánov, “Sobre el libro de E. Van der Velde, *Zairá*, número 1]. (Plejánov)

analizado insuficientemente. Tampoco me avergüenza reconocer que he aprendido algunas cosas en el libro de Wolff, *Sozialismus und kapitalistische Gesellschaftsordnung* (*El socialismo y el sistema social capitalista*). El señor Plejánov llama a esto un maridaje ecléctico (del socialismo científico) con las doctrinas de los economistas burgueses. Como si las nueve décimas partes de los elementos del socialismo científico no hubieran sido tomadas de los “economistas burgueses” y como si fuera posible la existencia de una “ciencia partidaria” (páginas 306-307).

“Una ciencia partidaria”, hablando con rigor, no es posible. Pero, desgraciadamente, *sí es posible la existencia de intelectuales imbuidos del espíritu partidario y del egoísmo de clase*. Cuando los marxistas se refieren con desprecio a la ciencia burguesa tienen en cuenta a esta clase de intelectuales. A esta clase pertenecen esos caballeros que tanto le han “enseñado” al señor Bernstein: Wolff, Schultze-Gavernitz y muchos otros. Si las nueve décimas del socialismo científico han sido tomadas de las obras de los economistas burgueses, esta adquisición no se ha realizado siguiendo el procedimiento del señor Bernstein, cuando reúne materiales para su “revisión” del marxismo en las obras de la escuela de Brentano y de otros apologistas del capitalismo. Marx y Engels fueron capaces de una actitud *crítica* frente a las teorías burguesas. Pero el señor Bernstein no ha podido o no ha querido adoptar hacia ellas la misma actitud. Al “estudiar” a estos economistas Bernstein se ha subordinado enteramente a ellos y, en forma inconsciente, ha asimilado su apología del capitalismo. El señor Bernstein imagina que su teoría sobre el aumento de la renta media, o la demostración del aumento absoluto y relativo del número de propietarios, representan una seria adquisición de la ciencia objetiva, cuando en realidad no son otra cosa que elucubraciones apologéticas fabricadas por él. Si el señor Bernstein fuera capaz de pensar científicamente no se habría metido en el callejón sin salida en que se encuentra ahora, pero tampoco habría escrito su libro.

Ya en el otoño de 1888 dijimos nosotros que el señor Bernstein había emprendido la “crítica” de Marx porque no se encontraba en condiciones de enfrentar críticamente la apología burguesa del capitalismo⁴⁰. En esa ocasión indicamos el hecho curioso de que hasta la frase del señor Bernstein que tuvo tanta resonancia (“*el movimiento es todo; la meta última no es nada*”) había sido tomada por Bernstein de Schultze-Gavernitz. Al no poder fundamentar su oposición a nosotros, el señor Bernstein nos contestó con groseras injurias, a las cuales no juzgamos necesario responder⁴¹. En la actualidad apreciamos en todo su valor el enfado del señor Bernstein

⁴⁰ En el artículo *Wofuer sollen wir ihm dankbar sein* (*¿De qué le debemos estar agradecidos?*). A propósito, diremos que hasta el día de hoy no hemos podido comprender las razones que llevaron a Kautsky a expresar su agradecimiento a Bernstein en la reunión partidaria de Stuttgart. El libro de Kautsky, *Bernstein und das soziodemocratische Programm* confirma plenamente nuestra convicción de que nada tenemos que agradecerle. (Plejánov)

⁴¹ Las injurias iban acompañadas de procedimientos inescrupulosos en una polémica. Así, por ejemplo, el señor Bernstein deseaba demostrar que no es posible en la actualidad terminar con las clases. Con este fin por delante, cita a Engels, el cual habría dicho, según él, que la supresión de las clases sólo es posible “si se da un cierto (y en nuestros tiempos relativamente muy alto) nivel de desarrollo de las fuerzas de producción” (páginas 325-326). De aquí se desprende que Engels consideraba que el nivel del desarrollo alcanzado por las fuerzas de producción en la actualidad no permite el derrocamiento del capitalismo. Lo cierto es que Engels dice exactamente lo contrario: “*Sie (die Abschaffung der Klassen) hat also zur Voraussetzung einen Höhegrad der Entwicklung der Produktion, auf dem Aneinung der Produktionsmittel und Produkte... durch eine besondere Gessellschaftsklasse nicht nur überflüssig sondern auch oekonomisch, politich und intellektuel ein Hinderniss der Entwicklung geworden ist. Dieser Punkt ist errethi...*” (la cursiva es nuestra). (“Tiene pues como presupuesto [la supresión de las clases sociales] un alto grado de desarrollo de la producción en el cual la apropiación de los medios de producción y de los productos por una determinada clase social [...] se haya hecho no sólo superflua, sino

y nos enorgullecemos de haber estado entre los primeros en señalar la defeción del señor Bernstein y *ponerle una marca de fuego*. “Una de dos: ¿quién enterrará a quién? [Escribimos en el artículo citado]: ¿Bernstein a la socialdemocracia o la socialdemocracia a Bernstein?” En 1898 este planteamiento a la cuestión pareció demasiado drástico a muchos de nuestros camaradas. En la actualidad, en las filas de la socialdemocracia revolucionaria esta cuestión se plantea *para todos* del mismo modo. La marcha ulterior de los acontecimientos ha confirmado plenamente la exactitud de nuestras palabras. Nunca hemos tenido en el pasado un deseo de meternos en rencillas personales con el señor Bernstein, y tampoco lo tenemos ahora. Pero no podemos refrenar nuestra tentación de señalar un interesante particular.

El señor Bernstein interpretó las observaciones que le hicimos en el sentido de que pensábamos que la posición del obrero en la sociedad capitalista era “sin esperanzas”, y declaró que no deseaba polemizar “con un hombre que tiene unas ideas que le llevan a creer que la ciencia exige que la situación del obrero sea sin esperanzas, sean las condiciones las que fueron, mientras no se produzca el gran viraje” (309-310). ¡Mucha severidad, como veis! Pero en el libro del severo Bernstein nos encontramos con lo siguiente:

En la doctrina de Marx y Engels “sólo ha quedado sin verificación lo siguiente: que la capacidad de producción en la sociedad actual es muy superior al poder adquisitivo de los compradores; que millones de personas viven en viviendas lamentables, visten y se alimentan deficientemente, a pesar de que existe una abundancia de medios para construir casas, darles alimento y vestirlos; que a consecuencia de esta inadecuación, en diversas ramas de la industria, hay superproducción... Por este motivo se mantiene una gran injusticia en la distribución de las ocupaciones, que vuelve muy insegura la situación de los trabajadores y los somete cada vez más a una dependencia indigna, creando en una parte una abundancia desmedida de trabajo, y en otra la desocupación” (páginas 145-146).

La señora Kentzel, como es su costumbre, ha traducido mal al señor Bernstein. Este último dice que los obreros *están sometidos* a una indigna dependencia, y no que “la injusticia en la distribución de las ocupaciones los somete cada vez más a... etc.”, como le hace decir su traductora. De todos modos, aun bien traducido, el pensamiento del señor Bernstein se destruye a sí mismo. En realidad, ¿no es acaso *sin esperanzas* la situación de esta clase de la sociedad capitalista que, a pesar del impresionante crecimiento del trabajo productivo *se mantiene* en esta situación económica de humillante dependencia a la cual se refiere el señor Bernstein? Es claro que tal situación es desesperada, y que para sacar al proletariado de su situación desesperada hay un solo medio: la supresión del modo de producción capitalista, o sea, la revolución social⁴²⁴³. El señor Bernstein ha anudado muy mal los cabos de su nueva visión del mundo.

también un obstáculo económico, político e intelectual para el desarrollo. A este punto hemos llegado ya.” *Anti-Dühring*, Editorial Grijalbo, México, 1968, página 279, “Cuestiones teóricas”). Realmente, el señor Bernstein va demasiado lejos en su empeño de no asustar a la burguesía. (Plejánov)

⁴² Marx consideraba que la situación del obrero en la sociedad capitalista era “sin esperanzas” aun en el caso en que fuera factible una mejora substancial de la misma. “Mejor ropa, mejor comida, mejor trato y una gran cantidad de dinero [escribe] ni acabarán, por cierto, con la situación de dependencia y explotación del obrero asalariado, como no acabaron con la situación del esclavo” (*El Capital*, I, San Petersburgo, página 534) [“Bajo las condiciones de acumulación que hasta aquí venimos dando por supuestas, las más favorables a los obreros, el *estado de sumisión* de éstos al capital reviste formas un poco tolerables, formas “cómodas y liberales”, para emplear las palabras de Eden; con el incremento del capital, en vez de desarrollarse de un modo intensivo, este estado de sumisión no hace más que extenderse; dicho en otros términos, la órbita de explotación e imperio del capital se va extendiendo con su propio volumen y con la cifra de *sus súbditos*. Éstos, al acumularse el producto excedente convirtiéndose incesantemente en nuevo capital acumulado, perciben una parte mayor de lo producido,

El señor Bernstein formula unos profundos interrogantes: “¿No crece la enorme extensión del mercado mundial [es decir, el mercado mundial a secas (repito una vez más que la señora Kantzel ha traducido abominablemente el libro que comentamos)] en relación a la gran reducción del tiempo necesario para el intercambio de noticias y de transportes? ¿No aumentan así las posibilidades de paliar los estancamientos? La riqueza (que aumenta en forma colosal) de los estados europeos industrializados, junto con la elasticidad del crédito contemporáneo y el surgimiento de *cárteles* en la industria ¿no reducirán, por lo menos durante mucho tiempo, la influencia de los estancamientos locales o parciales sobre la situación general, en la medida en que las crisis generales comerciales [es decir: las crisis industriales], semejantes a las anteriores, resulten poco probables?” (Página 126).

La vida misma ha contestado a estas preguntas. A partir de mediados del año anterior⁴⁴ el mundo civilizado está pasando por una crisis general de la industria, cuya inminencia ya había sido prevista por algunos hombres de negocios burgueses *en el momento en que el señor Bernstein escribía su libro*.

VIII La parodia burguesa del marxismo

Shakespeare hace decir a un cortesano que comenta la insania de Ofelia:

En sus palabras no hay pizca de sentido:
son un puro disparate, sólo sonidos vacíos,
pero sus amorfas divagaciones
inducen a quien las escucha...

Lo mismo podría decirse del libro del señor Bernstein: todo en él es disparate y sonido de palabras huecas, pero justamente es esta vaciedad la que induce melancólicas reflexiones en el lector atento. En todo lo referente a cuestiones teóricas el señor Bernstein se muestra flojo entre los flojos. ¿De qué manera ha podido ocupar en el curso de muchos años uno de los puestos teóricos más conspicuos dentro del partido? Habría que meditar sobre esto. Y no es fácil encontrar una respuesta que nos deje tranquilos...

Otra cuestión no menos importante: según el señor Bernstein tan sólo subsisten unos débiles vestigios del socialismo. En verdad Bernstein *está mucho más cerca de los partidarios pequeñoburgueses de las “reformas sociales” que de los socialdemócratas*

bajo la forma de medios de pago, lo que les permite vivir un poco mejor, alimentar con un poco más de amplitud su fondo de consumo, dotándolo de ropas, muebles, etc., y formar un pequeño fondo de reserva en dinero. Pero, así como el hecho de que algunos esclavos anduviesen mejor vestidos y mejor alimentados, de que disfrutase de un trato mejor y de un peculio más abundante, no destruía el régimen de la esclavitud ni hacía desaparecer la explotación del esclavo, el que algunos obreros, individualmente, vivan mejor, no suprime tampoco la explotación del obreros asalariado.” Carlos Marx, *El Capital*, Tomo I, Fondo de Cultura Económica, México, 1972, página 521, Libro I, capítulo XXIII.- 1 (Alejandría Proletaria)]

El mismo señor Bernstein comprende que la situación del esclavo es “sin esperanzas” en el sentido marxista, *hasta el momento en que se ve libre de su esclavitud*. Observemos de pasada que la expresión “sin esperanzas” no nos pertenece y nos ha sido *atribuida* por el señor Bernstein. Nuestra opinión sobre la situación del obrero en la sociedad capitalista ha sido expuesta y fundamentada en nuestro artículo contra el señor Struve. (Plejánov)

⁴³ Ver Carlos Marx, *El Capital*, Tomo I, Fondo de Cultura Económica, México, 1972, página 649, Libro Primero, capítulo XXIV.7 “Tendencia histórica de la acumulación capitalista”.

⁴⁴ Escrito en el año 1901. (Plejánov)

revolucionarios. A pesar de esto, sigue siendo un “camarada” y nadie le ha pedido que se vaya del partido. Esto se explica en parte por *una errónea actitud hacia la libertad de opinión*, muy difundida a la sazón entre los socialdemócratas. Ellos dicen: “¿cómo es posible expulsar a un hombre del partido por culpa de sus opiniones? Esto equivale a una persecución por herejía”. Las personas que razonan de este modo olvidan que la “*libertad de opinión*” debe realizarse siempre a través de la libertad de asociación y de disolución, y que esta última libertad no existe cuando un prejuicio fuerza a marchar juntas a personas que deberían estar separadas en razón de sus divergencias. Este razonamiento erróneo explica en forma parcial el hecho de que el señor Bernstein no ha sido expulsado del partido socialdemócrata alemán. No lo ha sido porque sus nuevos puntos de vista son compartidos por un número considerable de otros socialdemócratas. Por causas que no podemos analizar detenidamente en este artículo, *el oportunismo* ha ganado muchos partidarios en las filas de la socialdemocracia de varios países. Y en esta difusión del oportunismo radica el mayor peligro entre todos los que nos amenazan en la actualidad. Los socialdemócratas que han seguido fieles al espíritu revolucionario del programa partidario (y afortunadamente casi en todas partes constituyen mayoría) cometerían un error insalvable si no tomaran a tiempo medidas decisivas para combatir este peligro. El señor Bernstein, aislado, no sólo no inspira temores sino que es francamente cómico, un personaje que muestra una desopilante semejanza con el filosófico Sancho Panza. Pero el espíritu del “bersteinismo” es aterrador como síntoma de una posible claudicación.

El señor Bernstein escribe: “Con el propósito de arrojar la debida luz sobre los métodos polémicos del señor Plejánov, he de recordar que una gran parte (si no la más grande) de los que trabajan en la socialdemocracia rusa se adhieren resueltamente a un punto de vista cercano al mío, y que en este sentido algunos de mis “poco fundamentados” artículos han sido traducidos al ruso y publicados en varias ediciones⁴⁵. Debemos formular aquí una maligna observación: este hecho nos puede regocijar. Dejando de lado el problema de nuestros sentimientos personales, y el problema que consiste en averiguar si nuestros métodos polémicos han sido un motivo de acercamiento entre el señor Bernstein y los socialdemócratas rusos (en el caso de que tal cosa fuera cierta) observaremos que el señor Bernstein, evidentemente, se refiere a la llamada orientación “económica” de la socialdemocracia rusa⁴⁶. Todos saben que esta orientación, que gozó de un éxito temporal en Rusia, ha sido derrotada actualmente por los que piensan como nosotros y ven en el señor Bernstein a un *renegado* y nada más. Probablemente aún nadie sabe que hubo una publicación socialdemócrata rusa (en el extranjero) que no advirtió su orientación “económica” y que, por este motivo, lo rechazó. ¡Muy vigilantes eran los ojos de esta redacción!⁴⁷.

La lamentable traducción del lamentable librejo del señor Bernstein ya ha tenido dos ediciones “legales”. Probablemente no tardará mucho tiempo en salir la tercera. No hay de qué asombrarse. *Cualquier* “crítica” del marxismo y cualquier parodia del mismo (siempre que esté imbuida del espíritu *burgués*) habrá de halagar indefectiblemente a ese sector de nuestros marxistas legales que representa la parodia burguesa del marxismo.

⁴⁵ Estas frases están omitidas en la traducción de la señora Kantzel y se incluyen en una nota de la página 102 de la edición rusa del libro de Bernstein, publicada en Londres. (Plejánov)

⁴⁶ En la edición alemana del libro de Bernstein esta referencia a la simpatía de los socialistas rusos incluía una frase más, que fue omitida en la traducción de Londres, y que reza: “inclusive la redacción del diario obrero ruso” (Cf. página 160 de la versión alemana del libro de Bernstein).

⁴⁷ La referencia es *Rabócheie dielo*, órgano de la “Unión de socialdemócratas rusos en el extranjero” que se editó en Ginebra entre 1899 y 1902, con un comité de redacción compuesto por Krichevski, Martínov, Ivanshin y Teplov.

Alejandría Proletaria



Series

Alarma. Boletín de Fomento Obrero Revolucionario. Primera Serie (1958-1962) y números de Segunda y Tercera Serie (1962-1986)

Amigo del Pueblo, selección de artículos del portavoz de Los Amigos de Durruti
Armand, Inessa

Balance, cuadernos de historia del movimiento obrero internacional y de la guerra de España

Balius, Jaime (Los Amigos de Durruti)

Bleibtreu, Marcel

Comunas de París y Lyon

Ediciones Espartaco Internacional

Frenchia, Cintia y Gaido, Daniel

Guillamón, Agustín. Selección de obras, textos y artículos

Heijenoort, J. Van

Jacobin magazin: Serie de artículos publicados en el centenario de la revolución rusa de 1917

Just, Stéphane. Escritos

Kautsky, Karl

Munis, G. Obras Completas y otros textos

Parvus (Alejandro Helphand)

Plejánov, G. V., obras

Rakovsky, Khristian (Rako)

Rühle, Otto

Textos de apoyo

Varela, Raquel, et al. El control obrero en la Revolución Portuguesa 1974-75

Consulta también el catálogo de nuestro sello hermano

Edicions Internacionals Sedov

Edicions internacionals Sedov

